

LA FILOSOFÍA MEXICANA DEL SIGLO XX¹

Jaime Labastida

La obra de Gabriel Vargas Lozano posee múltiples facetas y, sin embargo, se puede decir que en todas ellas hay características esenciales, las mismas siempre: rigor y constancia. Gabriel Vargas ha desarrollado su tarea filosófica acaso sobre dos temas que le apasionan desde su temprana juventud: el primero es el marxismo, entendido como una disciplina crítica (antidogmática, por consecuencia), en los terrenos social y filosófico; el segundo es el entorno filosófico en el que ha crecido la filosofía que se hace en nuestro país y desde nuestro país, la filosofía en México y la filosofía de México. De aquí, luego, la filosofía de América, en especial, la de aquella América que hoy llamamos Latina.

Pero Gabriel Vargas está muy lejos de compartir la tesis, tal vez ingenua, de la llamada filosofía latinoamericana: no cree que la filosofía latinoamericana valga sólo por su carácter propio: eso que Vargas le exige a la filosofía mexicana y latinoamericana (lo que le exige, en realidad, a toda filosofía que se precie de serlo) es rigor, preguntas radicales, método. En este empeño, Vargas ha levantado un enorme edificio teórico, lleno de ponderación y buen juicio. Al leer estas páginas que rezuman, al propio tiempo, equilibrio y rigor, el lector encontrará, no sin asombro, una verdadera historia de la filosofía mexicana, en la que todas las líneas de investigación han sido cubiertas. Vargas ha situado las corrientes de la filosofía mexicana en su justo lugar: ha tratado de no omitir a nadie (o sea, a ningún filósofo) ni a nada (o sea, a ninguna disciplina filosófica). Se necesita mucho tiempo y esfuerzo para obtener estos resultados y, en efecto, Vargas ha trabajado en estos asuntos desde hace años, primero en varios coloquios realizados en Puebla y Tlaxcala; luego, en el Seminario que, junto con Federico Álvarez, Patrick Johansson, Elías Trabulse y yo mismo hemos sostenido en la ciudad de México. Pero hay algo, más importante que el tiempo, en esta historia: se necesita de madurez y de inteligencia para llegar a un equilibrio semejante. Se precisa también de honradez (moral y teórica), de sentido crítico, acaso, ¿por qué no?, hasta de un anhelo de justicia para situar en su adecuada dimensión a los filósofos y las corrientes filosóficas, incluidas aquellas con las que se discrepa.

La filosofía de América es actividad reciente, si por filosofía se entiende sólo un trabajo teórico riguroso, una silenciosa labor de pensamiento, o sea, filosofía en

¹ Presentación del libro *Esbozo histórico de la filosofía en México (siglo XX) y otros ensayos*, de Gabriel Vargas Lozano (Conarte, Nuevo León, México, 2005).

Esbozo histórico de la filosofía en México (siglo XX) y otros ensayos

Gabriel Vargas Lozano



sentido estricto. Porque en cambio si vemos toda actividad del pensamiento en América o si vemos el asunto desde otro ángulo, el ángulo amplio de la *cultura*, se puede decir que el pensamiento mítico, en este espacio que hoy llamamos Mesoamérica, igual que en otros espacios de nuestro continente, se dilata y tiene varios siglos de existencia. Hay un saber mítico, una raíz, una sabiduría ancestral en nuestros pueblos, ¿quién lo podría negar? Pero ese saber ¿es filosófico? No, insisto, si entendemos por filosofía una forma de conocimiento (mejor, de interrogación) que escinde el *ello* y el *tú*, para tratar con objetos, en tanto que el así llamado pensamiento mítico considera la realidad como *persona*.

Ahora bien, es verdad que, si vemos la filosofía mexicana en un contexto amplio, como parte de la filosofía que se desarrolla en el mundo occidental, el quehacer filosófico de México se inscribe en una tradición que arranca desde Grecia. En este sentido, somos occidentales. Los hispanoparlantes, en México, somos occidentales del Extremo Occidente, aunque poseamos cierto carácter propio. ¿Formamos parte de una tradición reciente? Nuestra filosofía ¿es la filosofía de México y nada más que la filosofía de México? ¿Acaso no nos expresamos en una lengua de Occidente, lengua, por cierto, de carácter universal, el español? La lengua española ¿qué filosofía ha creado? ¿Hay una filosofía propia de nuestra lengua? Si la hay, ¿tiene carácter propio? Si aún no la hay, ¿se debe a una deficiencia del español? Decimos: *empirismo inglés, materialismo francés o idealismo alemán*: ¿hay una filosofía española, en lengua española? ¿Tiene carácter específico la filosofía en lengua española? En tanto que comunidad filosófica, ¿formamos parte de una de las repúblicas de lo que fue la América española? ¿Filosofía mexicana? ¿Filosofía en lengua española? ¿Dónde se inicia nuestra tradición? ¿Filosofía mexicana, latinoamericana, americana, occidental simplemente?

En rigor, ¿qué importa? ¿Acaso no se trata de un problema de orden *político*? Si las naciones son comunidades imaginarias, como dice Benedict Anderson, ¿hemos de caer en el juego político de las nacionalidades? La lengua

española es apta para crear filosofía, tan apta como cualquier otra. No hay lenguas *filosóficas*, privilegiadas, para que en ellas y sólo en ellas se desarrolle la filosofía. Se debe desechar esa tesis de Martin Heidegger. En lengua alemana apenas si hubo filósofos en el siglo XVIII. El primer gran filósofo nacido en alguna ciudad de lo que hoy es Alemania, en Leipzig, hablo por supuesto de Gottfried Wilhelm Leibniz, escribió sólo en latín y francés, pero nunca en alemán. Immanuel Kant escribió en alemán, pese a que no haya nacido en la tierra alemana actual: Königsberg pertenecía a la Prusia Oriental y hoy es parte de Rusia. ¿Cuál es la patria del filósofo? ¿La *tierra* en la que nace? ¿La *lengua* en la que escribe? ¿A qué nación pertenece la filosofía? ¿Importa? En verdad, ¿importa? La filosofía en sentido riguroso, ¿acaso no es, como muy pocas actividades intelectuales, universal? La *matemática inglesa*? ¿La *física alemana*? ¿Habría una *filosofía mexicana*? Depende.

Los primeros balbuceos de la filosofía, en este territorio que hoy es el de México, se acompañan de una reflexión antropológica y teológica: pertenecen a la filosofía escolástica y la desarrollan los monjes de las órdenes monásticas que llegan a la Nueva España en el siglo XVI: un filósofo destaca por encima de todos: un filósofo cambió su nombre original por otro, como si quisiera decir que fue *otro*, nuevo, al llegar a las tierras americanas. En España fue bautizado como Alonso Gutiérrez; en la Nueva España adoptó el nombre del puerto por el que entró en América, el nombre de la ciudad que primero vieron sus ojos, acaso la primera que sus pies hollaron: ese filósofo que nació bajo el imperio de la nueva ley y se bautizó con un nombre nuevo fue Fray Alonso de la Vera Cruz.

Lo cierto es que, en los tres siglos de dominio colonial, de un lado y de otro del Atlántico se desarrollaba la misma filosofía: los filósofos novohispanos pertenecían a una comunidad internacional, que en España, Italia, Austria o Inglaterra, escribía en latín. Pese a todo, hacia el fin del período oscuro de los Austria, en la Nueva España hay un pensador, un científico moderno que brilla con luz propia (e intensa): es Carlos de Sigüenza y Góngora. Apenas en el siglo XVIII, tras las reformas borbónicas, habrá pensadores que se acerquen a su altura: Francisco Xavier Clavijero, en primer lugar; José Mariano Mociño, sobre todo, el autor de los textos filosóficos modernos que publica Alzate en la *Gaceta de México*.

Luego, en el curso del siglo XIX, la nación trató de salvarse a sí misma. Los escritores tomaban un día la espada y otro la pluma. Concluida la Intervención, restaurada la República, Benito Juárez encomienda a Gabino Barreda una tarea educativa que provoca una verdadera revolución, que arrebató la educación al clero. Barreda le otorga una densidad, hasta el momento

desconocida, a la educación nacional. El plan de estudios que Barreda diseña para el uso de la Escuela Nacional Preparatoria es un modelo de sabiduría: va de lo simple a lo complejo. Su estructura responde al espíritu de sistema (y al orden). El país pudo ser, fue distinto. Las nuevas generaciones se formaron en el rigor y la disciplina. Nada importa que las tesis de Barreda y su filosofía entera fueran positivistas: lo decisivo es que hubo una exigencia intelectual. Los egresados de la Escuela Nacional Preparatoria, con estructura racional y orgánica a lo largo de cinco años, se formaron en la excelencia y el rigor. Por primera vez, la ciencia se puso al día y México tuvo disciplina, inteligencia, tesón. Hubo filósofos de primera línea, una vez más: Porfirio Parra, Agustín Aragón, Fortunato Hernández.

La filosofía volvió a cobrar nivel riguroso, en México, sólo a partir de los años posteriores a 1940: una pléyade de filósofos que se salvaron de la barbarie franquista se hizo cargo de las cátedras filosóficas en la Facultad de Filosofía y Letras, de la UNAM: José Gaos, Juan David García Bacca (por breve tiempo), Joaquín Xirau, José María Gallegos Rocafull, Eduardo Nicol, José Rocaéns Fiches, Adolfo Sánchez Vázquez, elevaron el nivel de la enseñanza. Luego, sus discípulos, formados en Francia y Alemania, junto con otros que se formaron en México, pusieron la base de una filosofía rigurosa y, lo diré así, profesional. Leopoldo Zea, Luis Villoro, Eli de Gortari, Emilio Uranga, Ricardo Guerra, cimentaron el fundamento de una filosofía moderna en el país. Antes de ellos, Antonio Caso, Samuel Ramos, Francisco Larroyo, Eduardo García Máynez, habían hecho filosofía técnica, profesional y rigurosa.

A partir de la segunda mitad del siglo XX, la filosofía en México se desarrolla con ímpetu y nacen, a lo largo y lo ancho del país, escuelas y facultades de filosofía. Desde allí, la práctica de la filosofía (su enseñanza, en primer término; su desarrollo creador, en segundo) conoce un amplio florecimiento. No hay un centro que pueda reclamar, sólo para sí, el desarrollo de nuestra disciplina. En Xalapa, Guanajuato, Guadalajara, Chihuahua, Cuernavaca, Toluca, Culiacán o Puebla, la filosofía cobra carta de naturaleza. Pronto habrá de rendir sus frutos.

De todo esto da cuenta y razón, con profundidad y altura, el libro, excepcional por tantas razones, de Gabriel Vargas Lozano: es un modelo de investigación que se coloca por encima de todas las bajas querellas. ☐

Jaime Labastida (Los Mochis, 1939). Escritor y filósofo mexicano. Miembro de El Colegio de Sinaloa, de la Academia Mexicana de la Lengua, del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos y de la Asociación Filosófica de México. Fue subdirector del Instituto Nacional de Bellas Artes y director de la revista *Plural*. Es actualmente director de Siglo XXI Editores. Entre sus obras, cabe citar: *Producción, ciencia y sociedad*; *Marx hoy*; y *Animal de silencios*, que reúne su obra poética.